



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

**DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
LICENCIATURA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

“La calle transnacional”

Artículo

que para acreditar las unidades de enseñanza aprendizaje de

Trabajo de Investigación Etnográfica Aprox. Explicativa y Análisis Explicativo III

y obtener el título de

LICENCIADA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

presenta

Sandra Lizbet Tafolla Herrera

Matrícula No. 204333677

Comité de Investigación:

Director: Dr. Federico Beserrer

Asesores: Dra. Margarita Zárate

Mtra. Daniela Oliver

Ciudad de México

Septiembre 2017

LA CALLE TRANSNACIONAL

Sandra Tafolla

Introducción¹

Hoy en día se estima que viven en Estados Unidos cerca de treinta millones de personas de origen mexicano. De ellos cerca de diez millones nacieron en México. La mayoría de estos mexicanos que viven en Estados Unidos cruzaron la frontera en los últimos veinte años (González – Barrera 2013). Esto significa que casi el diez por ciento de la población mexicana vive en Estados Unidos (CONAPO 2012). Según algunas opiniones uno de cada dos mexicanos tiene un familiar cercano viviendo en los Estados Unidos (Chacón, 2013). Muchas de estas familias mantienen una relación constante a través de la frontera. Mi familia y yo somos parte de ellos.

En 1995 empecé a tener contacto con migrantes que viajaban a Estados Unidos. Mi padre fue el primero que conocí. Él dejaba la casa por periodos largos y regresaba a ella principalmente en ocasiones especiales como los cumpleaños y la Navidad. Supongo que se puede decir que desde ese entonces surgió mi interés por este tema. Me estoy formando como antropóloga, mi trabajo de campo es sobre mí, sobre mi familia, sobre mi calle y sobre mi colonia. Mi familia está conformada por sujetos que podríamos llamar transnacionales y ellos conviven con otras personas que también podríamos llamar transnacionales.

¿Cómo es que miembros de una calle mexicana se encuentra viviendo nuevamente como vecinos en un país extranjero? Mis sujetos de estudio son los miembros de una calle mexicana, de mi calle. Ellos siguen viviendo juntos, pero en un país diferente. Trato de averiguar qué los llevo a irse como migrantes a otro país y busco saber por qué se empeñan en seguir juntos. Quiero averiguar cómo es que se construye la calle allá con sus contactos aquí.

¹ Una primera versión de este trabajo apareció publicado en el libro *Ensamblando la ciudad transnacional. Etnografía especular de los espacios urbanos transnacionales*. (Besserer y Oliver 2014). El trabajo se realizó en el marco del trabajo de campo “Constructores de Ciudades” de la Licenciatura en Antropología Social de la UAM y del proyecto CONACYT “La Ciudad Transnacional” 152521 coordinado por el Dr. Federico Besserer, al cual agradezco la publicación del texto original. Este trabajo se presenta para concluir la licenciatura en Antropología en la modalidad de artículo publicado o publicable. Se han hecho algunas adendas al texto original con base en ideas y acontecimientos posteriores a la publicación del libro.

Quiero descubrir cómo es que cambia la calle, como es su interrelación y describir cual es el papel que juega mi familia en estos procesos. En este trabajo me refiero a tres ejemplos de sujetos transnacionales: mi familia, mi calle y un edificio.

La colonia Arboledas de Cuauhteppec es una colonia que se encuentra en los límites de la delegación Gustavo A. Madero. Mi calle, Vicente Guerrero, es literalmente la última calle de la Ciudad de México, después sigue el bosque. Esta calle, como la colonia, son relativamente nuevas, tienen como máximo unos treinta y cinco años de existencia. Por mi historia familiar y mi experiencia puedo decir que tengo una mirada compleja y profunda sobre la migración, también entiendo sus consecuencias y los cambios que surgen por esto.

Mi madre fue una de las primeras personas en llegar a esta calle. Mi abuelita se vino a trabajar al Distrito Federal desde la provincia, había estado trabajando antes en Tijuana y en Durango. Con el paso del tiempo pudo comprar un terreno, construyó unos cuartos en el terreno y se trajo a sus cinco hijas.

Mi mamá en ese entonces tenía once años y plática que:

“Recuerdo que todo esto era cerro, las casas estaban muy retiradas unas de otras. Las calles no estaban pavimentadas y los micros no llegaban hasta acá. Íbamos a lavar al pozo de acá arriba porque tampoco teníamos agua. A pesar de ser un lugar muy rústico era muy bonito, había mucha vegetación, agua y animales. Con el paso del tiempo fue llegando gente de otros estados y principalmente pueblos. Las cosas al igual que las casas fueron mejorando y ahora esta colonia cuenta con todos los servicios públicos. Es una de las mejores colonias del rumbo.”

Mi abuela explica desde su punto de vista, que este cambio fue el producto de mucho trabajo:

“Un día me fui a tocar de casa en casa para conseguir trabajo (en Tlatelolco), con lo que me pago la primera señora me traje retazo, sal, le dije a la señora que si me regalaba las tripas para el perro, porque siempre hemos tenido perro. Ahí vengo cargando en el camión. De esa vez ya no sufrimos de comida, todos los días me iba y tenía trabajo. Tocaba de casa en casa y de ahí la gente me recomendaban con las amigas, les gustaba como trabajaba porque dejaba la ropa bien limpia. Después entre de limpieza a Bancomer, tenía un sueldo fijo pero solo 4 horas, no dure mucho así, después la supervisora me ofreció el turno completo. Empecé a trabajar y de ahí era poco el sueldo, pero seguro cada 15 días. Ya de ahí no tuvimos necesidad, les daba a mis hijas lo que podía. Levantamos un cuartito de lodo. Compramos \$350 pesos de tabique con

eso hicimos un cuarto, mitad de lodo y tabique. Me acuerdo que Esteban nos trajo un linóleo, y eso nos sirvió de techo. Cuando hacía aire se levantaba, ¡que sufrimiento! “

“(…) No había calle, drenaje, no había luz. Todo se empezó con la unión de los colonos para que nos metieran la luz, luego el drenaje, luego el agua, luego el teléfono. Lo último fue el teléfono y ya de ahí se empezó a pavimentar. La gente trabajaba en grupos y trabajaba en sus propias calles. Se metió el drenaje por los vecinos, el pavimento, todo lo hicieron los vecinos. El gobierno solo nos metió el agua. La banqueta y el pavimento cada vecino lo hizo, la delegación dio el material (el cemento y la arena) y cada quien hacía sus cosas. A nadie le pagaron por hacer algo, al contrario cuando teníamos que ir a recoger el material teníamos que pagar, no mucho, pero sí para que nos trajeran la arena, el cemento, la graba, todo. En comunión de todos íbamos y trabajamos hasta que se terminó la calle, así se trabajó aquí y en todas las colonias de alrededor. La colonia siempre se llamó Arboledas de Cuauhtepac, Barrio Alto.”

Yo también nací en esa colonia, pero mis recuerdos son diferentes porque presencié otro tipo de cambios. En la actualidad vivo a una cuadra de donde vivía mi mamá cuando era niña, los cambios que yo he visto y experimentado son los de una calle que se está volviendo transnacional. Muchos de mis vecinos se han ido a Estados Unidos, específicamente a Myrtle Beach en Carolina del Sur y algunos de ellos se encuentran viviendo no sólo en la misma colonia y la misma calle, sino en el mismo edificio de departamentos, en un fraccionamiento llamado *Carolina Forest*.

Este trabajo intenta mostrar a través de las experiencias de mi familia y las mías, como en este edificio en Estados Unidos se volvió a reunir mi calle. Aunque en la actualidad muchos vecinos ya no viven ahí, este lugar es muy importante porque fue donde todos por primera vez llegaron a vivir. Para abordar mejor el tema es necesario hacer una aclaración, no todos los integrantes de la calle y la colonia se han ido.

Michael Peter Smith argumenta que las personas somos sujetos posicionados socialmente (*already-positioned subjects*), que ocupamos múltiples posiciones sociales (Smith 2001). Los miembros de esta calle transnacional tienen este tipo de posicionamiento: vienen, van, regresan, construyen aquí y trabajan allá, son sujetos que están modificando y construyendo ambas ciudades. Mi familia está constituida por algunos sujetos transnacionales: mi papa trabaja en Myrtle

Beach, manda su dinero a Arboledas, tiene un negocio allá y acá usa el dinero. Con su trabajo literalmente ayuda a construir a Myrtle Beach, es contratista, hace los acabados de los nuevos edificios construidos. Mandando su dinero contribuye a las remesas que México recibe.

Otro ejemplo es el de mi tío Juan quien tiene negocios en ambas ciudades. Tiene allá una tienda de mármol y un restaurante además de su trabajo como contratista. Pero en México, mi tío Juan es dueño de un gimnasio, está remodelando su casa y levantando una pequeña plaza muy cerca de la colonia donde vivo.

Estos ejemplos son de personas que tienen múltiples locaciones sociales, tienen conexiones en ambos países y para ser más concretos tienen conexión y poder en ambas ciudades. Ambos espacios urbanos tienen cierta conexión: Arboledas comenzó a desarrollarse y a crecer más cuando la gente de Myrtle Beach empezó a mandar dinero a sus familias; Myrtle Beach empezó a crecer y a desarrollar más su turismo cuando llegó la mano de obra de mexicanos. Ahora ambas sociedades depende en parte de la economía de las personas de Arboledas, allá hay negocios y mano de obra que crean una mejor economía, aquí hay remesas y negocios que ayudan a mantener la economía de México. Estos no son los únicos sujetos que ayudaron a ambas ciudades a crecer, a cambiar y a mejorar, son sólo un pequeño ejemplo de cómo los sujetos transnacionales construyen y modifican en menor o mayor grado las (dos) sociedades que pisan.

El concepto de espacio social transnacional (Pries, 1999), se refiere a formas de organización social que se expanden más allá de una sola nación. ¿Podría ser la calle Vicente Guerrero de la Colonia Arboledas un espacio social transnacional? Considero que sí. En las líneas siguientes presentaré la manera en que hice trabajo de campo en mi calle, con mi familia y mi propia experiencia como migrante y miembro de este espacio social transnacional.

2.2 Autoetnografía

El trabajo que ahora presento es parte de una investigación más amplia para la que realicé trabajo de campo con mi propia familia. Para ello entrevisté a la gente más cercana a mí, y escribí mis memorias. Lo hice de esta manera porque consideré que en mi familia hay personas con mucha información, y al mismo tiempo tenía los lazos con ellos y compartía algunas de sus experiencias. Las herramientas principales de investigación fueron las historias de vida de mi familia y la narrativa de mi propia experiencia. Me pareció importante usar este método autoetnográfico (Chang 2008) porque así pude conocer mejor sus vidas y al mismo tiempo conocer mejor la mía. Al mismo tiempo pude contrastar sus puntos de vista con el mío.

Dos personas fueron muy importantes para entender qué sucedía en esta calle transnacional, mi papá y mi tío. La mayor contribución de mi papá es haber ayudado a amigos y a su familia a irse a Estados Unidos, y la de mi tío es que tiene negocios en ambos lugares. Con sus acciones ambos se convirtieron en sujetos transnacionales; aportan aquí y allá, viven lejos pero no se separan de aquí. También realicé entrevistas con Mónica, mi mamá; María de Los Ángeles, hermana de mi mamá, y María Susana, mi prima, hija de otra hermana de mi mamá.

Así, mi trabajo es una etnografía y considero que esto es relevante porque muestra las experiencias concretas de sujetos transnacionales que los estudios cuantitativos como los que se hacen para cuantificar las remesas o los que son exclusivamente demográficos, no muestran. Sin embargo, James Clifford me hizo dudar acerca de mi trabajo de campo autoetnográfico. Clifford describe el trabajo de campo diciendo que “en general, el trabajo de campo entraña el hecho de dejar físicamente el hogar... para viajar, entrando y saliendo de algún escenario bien diferente.” (Clifford, 1999: 79). El mejor ejemplo de este trabajo de campo sería el de Bronislaw Malinowski quién se estableció su carpa, lejos de su país de origen en una aldea trobriandesa (Malinowsky 1922).

La literatura sobre el trabajo de campo exige que el investigador o la investigadora se relacionen con el sujeto de estudio, pide que se resida con él si es posible y que se interactúe con él. Como ejemplo de este tipo de trabajo

de campo se usa el que Evans-Pritchard realizara con los nuer. Clifford sostiene que el trabajo de campo ha cambiado, pero que la idea de “salir del lugar habitual” sigue teniendo un valor en la disciplina (Clifford 1999: 58).

¿Y si mi objeto de estudio está dentro de mi hogar? Según la definición de trabajo de campo que nos ofrece Clifford, me encuentro “fuera de lugar”. Mi investigación no se ha ajustado totalmente a estas definiciones, pero al mismo tiempo, sí cumple rigurosamente con sus exigencias y por ello creo que también cumple con sus expectativas. No salgo de mi hogar para ir a otro, pero si me relaciono, resido e interactúo profundamente con las personas a quienes estoy entrevistando.

El antropólogo busca un tema que sea de su interés y usa el trabajo de campo para estudiarlo. ¿Si mi interés está dentro de mi propia cultura, mis vecinos y mi familia, deja de ser por ello mi trabajo “trabajo de campo”? Yo creo que no. Sólo es más complicado porque hay que tomar distancia para regresar con otra perspectiva, teniendo en mente que de ahora en adelante lo que se observa es para una investigación antropológica.

Considero que en mi trabajo de campo existe una ventaja que ningún otro tipo de trabajo de campo tiene: la investigadora ya está empapada de la información, los sujetos de estudios ya confían en ella y hasta cierto punto la investigadora no puede ser víctima de un engaño al ser informada.

Así, el constante contacto con mi familia y mi propia experiencia como transmigrante me facilitó las cosas, hasta cierto punto pude recabar más fácilmente la información. No hay barreras que romper, ni tampoco tengo que tener una investigación previa para integrarme al grupo. El contacto es constante, así que para mí el trabajo de campo tuvo una gran densidad, pues todo el tiempo estuve empapada de información. No todo fue tan fácil, hubo ocasiones donde sentía que el exceso de confianza e información me hacía manipular la situación a mi manera.

Hay que estar consciente de las propias creencias y lazos de parentesco para intentar construir una perspectiva objetiva y realista. Yo logré esto por un lado siendo analítica en el diálogo con mi familia, y por el otro lado escribiendo sobre mi historia y reflexionando sobre ella.

El trabajo que presento a continuación, son mis memorias y puede ser considerado un tipo de “etnografía especular” (Besserer y Oliver 2013). En ellas se encuentra reflejada mi propia experiencia y mi opinión sobre la misma. Así que entonces puedo separar entre mi punto de vista, y mi punto de enunciación. Es decir, por un lado puedo narrar mi propia historia y contarla como la viví entonces, como la vi entonces y puedo recordar las palabras que otros y yo misma dijimos en ese momento. Por otro lado, puedo analizar la misma historia como la entiendo hoy, como la interpreto ahora.

2.3 Memorias de una antropóloga migrante

2.3.1 Mi Ventanita

Nunca voy a olvidar la tienda de Mama Rosa. Desde chica empecé a atenderla. Recuerdo que era un cuarto grande. Un cuarto que estaba dividido en dos; una parte era la tienda y la otra era mi recámara. La única división que había entre mi recámara y la tienda era una cortina. Hace muchos años la tienda era nada de lo que es hoy. Se vendía lo básico y se despachaba por una ventanita que daba hacia el exterior. No recuerdo si me gustaba o no despachar, tampoco recuerdo si era buena haciéndolo, solo recuerdo que era una tramposa. El refresco en ese tiempo se daba en bolsas de plástico. Se vaciaba el contenido en la bolsa, se le ponía un popote y se amarraba. Muchas veces me escondía al hacer esto, me escondía porque no vaciaba todo el refresco en la bolsa, dejaba una pequeña reserva para mí. Antes de irme a Estados Unidos la tienda ya tenía otra ubicación; se había movido a una esquina de la casa y ya no se despachaba por una ventanita, ya tenía una entrada y un aspecto normal como ahora la mayoría de las abarroteras lo tienen. Ahora con casi 20 años de existencia la tienda sigue siendo de la familia. Toda mi familia dice que si no fuera porque mi Tía Gaby que manda dinero de USA, la tienda ya no existiría. Se ha mal administrado la tienda, se le presta a todo mundo y a veces se invierte mal. La Ventanita es un gran lazo de la familia; todo mundo se pelea por no estar en ella y cuando se necesita algo, también se recurre a ella. El

teléfono principal se encuentra ahí. Si visitas La Ventanita es muy probable que encuentres a mi abuelita hablando por teléfono.

Cuando yo estaba en “el otro lado”, mi mamá no hablaba muy a menudo con mis abuelitos. Y cuando lo hacía, me los comunicaba y yo no sabía que decir, así que mis pláticas eran muy cortas. Las llamadas con el tiempo se han ido extinguiendo. Imagino que hace unos años las llamadas desde “el otro lado” eran muy frecuentes, ahora son muy esporádicas. Ya ni siquiera hay necesidad de comunicarse personalmente para informar que se mandó dinero. La sucursal que se dedica a eso lo hace. ¡Ah pero eso sí! Cuando toda la familia está en la casa de mi abuelita y entra una llamada de allá, todos queremos saludar. Hace poco hubo una discusión por el teléfono. Uno de los teléfonos de la casa fue retirado del cuarto de mi prima Susana, mi tía Gaby una vez que habló se quejó diciendo que la línea siempre está ocupada.

Hablando de Susana, mi prima también recibe llamadas de allá. Su mamá le marca creo que cada semana. La mamá de Susana se llama Lorena y es hermana de mi mamá. Mi tía Lorena batalló mucho para conseguir la visa. Bueno, no batalló mucho sino que gastó mucho dinero, y es una lástima porque creo que ya la perdió. No cumplió con sus viajes frecuentes que tenía que hacer para México. Se embarazó y tuvo su bebe allá, su tercer hijo, eso le impidió viajar de regreso.

La Ventanita cierra a las diez y abre a las ocho y media toda la semana. Mi abuelita es conocida por su tienda: “Doña Rosa”.

2.3.2 Un gusto recordar

“No, no me gustaba. Todo es muy diferente allá. Se necesitaba carro para todo y a mí no me gustaba. Por eso nos regresamos.” Una típica queja de mi mamá.

Mi mamá es muy contradictoria; siempre se queja de los Estados Unidos pero siempre se la pasa hablando de aquel país. Es muy común que en las pláticas de mi mamá salga una frase peculiar: “Como en Estados Unidos.”

Mi mamá pisó por primera vez tierras gringas en el 91. Fue a alcanzar a mi papá Los Ángeles.

Intentó pasar en enero del 89 pero la agarraron. Me contó que la subieron a una camioneta. Antes de meterla a un cuarto le preguntaron de donde era y también le preguntaron como se hacía el guacamole. Una pollera ya le había dicho que les preguntaban cosas sobre México. Muchos centroamericanos decían que eran de México para quedarse cerca y volver a intentar pasar. La metieron a un cuarto cerrado, con ventanas de vidrio que daban hacia los policías, mejor conocidos como centros de detención. Hombres y mujeres separados.

Cuando mi mamá logro pasar, yo iba en tercero de primaria. Me dejaron viviendo con mi tía Ángeles y su esposo. Mis tíos tenían poco de estar casados y no tenían hijos, así que me dejaron con ellos. Fueron solo unos meses porque mi mamá un día regresó repentinamente. Regreso por mí. Mi mamá me contó que siempre que me hablaba por teléfono yo me soltaba llorando, eso le provocaba mucho sentimiento y por eso volvió por mí. Al poco tiempo nos fuimos las dos con mi papá. También regresamos al poco tiempo, mi mamá se embarazó y no quiso tener a su bebe allá. Creo que desde ahí surge la negatividad de mi mamá hacia Estados Unidos.

La segunda vez que mi mamá se fue ya tenía tres hijos y cargó con todos: Jonathan, Joan y yo. En agosto del 97 todos nos fuimos a vivir con mi papá a Waukegan, un suburbio de Chicago. Mi papá había comprado una casa en ese lugar. Mis hermanos tenían cuatro y tres años, yo doce. Mi mamá cruzó con el encargado de pasarnos, mis dos hermanos los pasaron en un carro fingiendo ser hijos de una pareja y a mí de igual manera me pasaron en una camioneta pero con dos señoras, su hija y otro niño que también iban a pasar. Todos de mojados.

Mi familia y yo estuvimos viviendo dos años en Waukegan y después nos fuimos otros dos a vivir a Myrtle Beach.

Mi mamá nunca se sintió completamente feliz viviendo allá. Regresamos todos, pero mi papá se quedó.

2.3.3 Butterfly

El olor de las donas de chocolate que venden en el Walt-Mart de Tenayuca me recuerdan a Los Ángeles. Vivía con mis papás y dos tíos en un departamento en la calle Butterfly. Mi mamá me llevaba caminando a la middle school. Caminábamos juntas y odiaba que aprovechara el recorrido de ida para repasar mi vocabulario de inglés. Pasábamos por la escuela donde mis papás iban en la tarde a estudiar inglés, en niveles diferentes porque mi papá ya iba muy avanzado. Recuerdo que mi papá era muy estricto con el inglés, siempre me ponía a estudiar y yo nunca aprendía nada.

De la escuela solo recuerdo la hora del descanso. Tenía muy pocos amigos, la principal era una niña que se colgaba de cabeza de los juegos y siempre que llevaba falda se le veían los calzones. Yo me sentía muy incómoda cuando hacía eso y a ella no le importaba. Dejé de hablarle cuando se burló de mí. Le dije “Adiós manita.” Al otro día no paraba de reírse de mí, sujetaba su mano, la movía y hablaba con ella en forma de burla. No sabía que manita era amiga en mi idioma. En el descanso nunca comía en la cafetería, solo me compraba una cookie grande de chocolate, me daba pena pedir mi cookie porque no sabía cómo y la señora sólo hablaba inglés. Hasta que descubrí que el dinero exacto de mi compra me evitaba decir una palabra.

El departamento donde vivíamos sólo tenía un cuarto, mis papás dormían ahí, mis tíos en la sala y a mí me arreglaron el closet. En navidad le pedí a Santa Claus unos patines, me moría por ellos. Cuando amaneció no los vi y casi me pongo a llorar cuando mi papá me dijo que Santa Claus los había escondido. Siempre que me daban permiso salía con unos niños a patinar. Patinábamos en el pasillo del edificio. Jugábamos carreritas y yo ganaba casi siempre, pero me decían tramposa porque patinaba como si trajera una patineta. Nunca use la alberca del edificio, en ese entonces no sabía nadar. En halloween mis

papas me compraron una capa y una máscara y me obligaron a ir a pedir trick or trick. Fui sola y me alivió traer máscara porque me daba mucha pena pedir dulces de departamento en departamento.

Siempre preferí jugar con mi Alf, mi borreguito y mi granja en el balcón que daba a la calle. Cuando me aburría de jugar observaba a las chicas que estaban con los hombres de playeras blancas sin mangas y con tatuajes. Ellas eran populares, bonitas y les agradaban a los chicos. De grande iba a peinarme como ellas y también pintarme los labios muy oscuros.

Mis papás me llevaban al observatorio; a ver el paisaje, las estrellas y el letrero de Hollywood. Siempre era en las noches. Se me dificultaba y nunca pude decir “observatorio”, tampoco pude pronunciar “Kentucky Fried Chicken” y no recuerdo haber aprendido una palabra aparte del abecedario en inglés. Ahora que lo pienso pude haber tenido problemas con el habla o simple dificultad con el inglés.

2.3.4 Casa color lila

Fue en agosto y yo tenía doce años cuando llegué a Waukegan. Mi papá había comprado una casa en la calle de San James. Al principio la casa tenía un aspecto desgastado y de soledad. Estábamos recién llegados y mi papá nos llevó a cenar. De regreso mi mamá dijo “¡Mira Alberto! Esa casa parece abandonada.” Mi papá y yo nos empezamos a reír porque se trataba de la nuestra. La casa se fue arreglando poco a poco y llegó a ser una casa bonita. Mi papá decidieron pintarla de color lila con los marcos de las ventanas morados, definitivamente era la casa más llamativa de la calle. Siempre he dicho que mi familia es diferente, a quien más se le hubiera ocurrido pintar su casa de un color llamativo cuando todas las demás eran de colores serios y opacos. Aunque la mayoría de los vecinos eran latinos, sus casas eran de colores “normales”.

Era una casa de dos pisos con un pequeño jardín al frente, en la parte trasera tenía la yarda. La casa parecía pequeña por fuera pero no lo era; por dentro tenía una puerta que dividía la casa en dos. Mi familia y yo nos quedamos con la parte más grande y la planta alta, el resto se rentó. Nunca consideré que mi casa tuviera aspecto lujoso pero a diferencia de muchas de mis amigas yo sí tenía casa propia y además vivíamos solos. En la planta baja estaba la sala y la cocina, subiendo las escaleras estaba un cuarto sin puerta que era el cuarto de mis brothers. Había otro cuarto con un baño y ese era el cuarto de mis papás, yo dormía en el ático. Mi cuarto tenía pocas cosas y era un poco incómodo porque el techo tenía forma triangular, pero era solo mío.

Seguido mi papa nos llevaba a Chicago, principalmente íbamos a ver los edificios. Íbamos más cuando algún familiar nos visitaba.

A Chicago se le conoce como “la ciudad de los vientos”. Cuando salía de la high school mis amigas y yo nos íbamos caminando y yo me sentía afortunada de estar llenita porque si no el aire me llevaría. Cuando las calles estaban blancas siempre tomábamos el bus y en otras ocasiones algún novio iba por todas nosotras. Mis amigas eran Rubí y Esmeralda que venían de Acapulco, Dany que era chicana, Elena de Monterrey y Elizabeth, otra chilanga como yo. Ahí sí tenía muchas más amigas y amigos.

En esa época fue cuando por primera vez bese a alguien en la boca. Todas mis amigas tenían novio menos yo, me presentaron a Jimmy un chico hondureño que se convirtió en mi novio. Jimmy tenía carro y todos los días iba por mí a la high school pero me dejaba a una cuadra de mi casa porque no me dejaban tener novio. A veces me iba de pinta con mis amigas, algún novio nos recogía y nos íbamos al lago Michigan porque era el lugar más seguro para que no nos cacharan, además ahí no había policías. La ilusión de todas mis amigas y también mía era que todas juntas nos regresáramos a Acapulco. Queríamos regresar con dinero y sin papás, no pensábamos quedarnos en ese país porque nadie tenía papeles y además no conocíamos.

Hace cinco años supe lo último de ellas, Esmeralda se casó y ya tenía dos hijos, Rubí dejó de estudiar pero trabajaba de secretaria, Dany se cambió de estado, Elena había huido de su casa con un novio chicano y no se supo más de ella y Elizabeth había regresado a México. Yo fui la primera en dejarlas, el trabajo empezaba a escasear para mi papa, yo me estaba volviendo muy rebelde y mi mama extrañaba a su familia, nos mudamos a Myrtle Beach.

2.3.5 Un atardecer con la familia

Recuerdo que era un día importante para “nosotros los mexicanos.” La selección mexicana iba a jugar y esos partidos nos sacaban lo nacionalista. El partido era a las 7 p.m. y se había acordado verlo en el departamento de mi tío Juan. Toda la happy family se juntaría. Mi happy family está formada por mis padres y hermanos, por mi tía Gaby y su esposo Juan, por mi tía Lorena y su hija Susana y también por su ahora esposo Florentino, por mi tía Ángeles y sus dos hijos: Jessica y Juanito. Las tres tías mencionadas, que son hermanas de mi mamá, y sus esposos son toda la familia que tenía allá.

Los atardeceres eran hermosos, creo que es lo único que extraño. Esos atardeceres me daban tranquilidad y nostalgia al mismo tiempo. Mis atardeceres allá estaban ligados a la alberca de los condominios. Después de llegar de la high school, mi amiga Ashley y yo íbamos a nadar, y salíamos todas arrugadas, no como las gringas que solo se iban a broncear. Mi amiga era gringa, pero divertida. Nuestra alberca era grandota y honda, era única. Mis mejores atardeceres fueron con mi amiga en la alberca.

Ese día llegué de la high school y fui con Ashley a nadar, le dije que tendría que regresar temprano a mi casa porque iría a la casa de mi tío Juan. Ashley era mi mejor amiga y toda la familia la conocía, acabó yendo conmigo. Ashley disfrutaba mucho estar con mi familia, se sentía mi hermana.

Llegamos y todos ya estaban ahí. Estaba toda mi happy family y muchos otros gorriones. Muchos de esos gorriones eran mis primos, primos lejanos.

“Chamacas, vengan pa’ ca! Les vamos a pintar la cara.” Gritó mi tía Gaby desde la cocina. Eso hizo que me acordara de un pequeño incidente ocurrido en la mañana. Mis únicas dos amigas mexicanas y yo habíamos decidido apoyar a nuestra selección y nos pintamos tres rayas en la cara. Así anduvimos por toda la high school hasta que Michael, el novio de una de mis mexican friends, nos preguntó que si era la bandera de Italia. Fuimos al baño y nos limpiamos los cachetes.

Me volvieron a pintar el cachete, pero esta vez no me sentía incomoda. En la cocina estaban todas mis tías haciendo de comer; estaban haciendo tamales y ponche. Ahora sé que el ponche se hace solo en Navidad, allá tomábamos ponche en todas las ocasiones especiales. Supongo que lo considerábamos algo muy mexicano, algo así como el tequila.

Mi papá platicaba con mi tío Juan y con Florentino sobre un trabajo. Mi papá había conseguido un trabajo grande y necesitaba gente. Mis primas estaban en el cuarto de Susana, estaban viendo videos musicales. No me agradaba mucho estar con ellas porque se la pasaban hablando inglés. Susana tenía 8 años viviendo en USA, Jessica tenía 6 y ambas dominaban el idioma. Yo tenía tres y entendía más ...mucho más, de lo que hablaba. En la sala había mucha gente, principalmente hombres. Los niños estaban jugando afuera del departamento. La vecina de mi tío, una gringa amargada, nos fue a decir que por favor metiéramos a nuestros niños porque estaban corriendo en el parking. Otro vecino fue más rudo y le preguntó a mi tío que si tenía permiso para hacer fiesta. Mi mamá hablaba por teléfono con mi abuelita. Había comprado una tarjeta de diez dólares. Escuche que le daba una clave, supongo que le había mandado dinero. La tarjeta de diez dólares daba mucho tiempo para hablar, y casi toda la happy family habló con los abuelos.

El partido estaba por empezar. Mi tía Ángeles dijo que ya había mandado dinero para el vestido de Susana. Susana cumpliría quince años en unos meses y su fiesta se estaba preparando. Allá era muy difícil conseguir vestidos de quinceañeras, así que mi tía lo había encargado de México. Encargó el vestido, los recuerdos, la corona, el cojín, las copas y hasta unos adornitos. Mi

tía era madrina de vestido. Mis hermanos jugaban con mis primos y amigos, jugaban a la migra. Los niños que sabían inglés eran los de la migra y los que no habían eran los indocumentados. Los niños con papeles traían lentes, binoculares y hasta pistolas, los indocumentados solo corrían. Mi mamá me ordenó que metiera a todos los chamacos pues ya iba a empezar el partido y ya íbamos a comer.

2.3.6 A la moda

Cada cambio, cada movimiento era una nueva manera de vivir y de vestir. Como joven siempre quería estar a la moda. Antes de irme estaban de moda unos conjuntos de mezclilla; pantalón con chaleco. Yo tenía dos conjuntos de ese tipo y los usaba tanto, que mi mamá me decía que “parecía retrato”.

Nunca he sido muy popular pero sí con muchos amigos, así que desde ese entonces trataba de vestir bien. Antes de irme me dijo mi mamá que tenía que llevar sólo lo indispensable y que incluso me tenía que comprar ropa más moderna. Fuimos a Sears a comprar ropa para el viaje. En ese día especial llevaba una blusa verde limón, un pantalón de mezclilla color café y zapatos con pequeño tacón también cafés.

Iba sentada en la parte de atrás de la camioneta y las mujeres que iban a pretender ser mis “tías” me dijeron que esa blusa verde se vería más linda si me desabotonaba uno o dos botones, no “para enseñar” sino porque creo que exageré y abroche absolutamente todos. Obedecí y hasta me sentí más a la moda. Esa ropa había salido cara y valía la pena lucirla de la mejor manera.

Mis dos “tías” iban enfrente de la camioneta, atrás yo junto a la hija de una de ellas y más atrás otro niño que también iban a pasar. Esa fue la primera vez que vi que discriminaran a alguien, al niño lo mandaron para atrás, y una tía dijo “Tu atrás porque estas moreno.” Eso me hizo sentir bien pero también sentí miedo, me hubiera gustado ir en su lugar, así me sentiría más segura. En el camino nos hicieron practicar una frase, “We love America,” la cual teníamos

que gritar al momento de llegar con los policías. Llegamos al cruce y yo solo dije la frase dentro de mí, la hija de mi “tía” nos acusó, porque el niño tampoco lo había dicho. Todo salió bien, pero ni mi ropa y ni la preferencia de mis “tías” me ayudó a sentirme cómoda. Me sentía sola y perdida.

Mis “tías” nos llevaron a su casa. Cuando llegué me sentí muy feliz porque ahí estaban mis dos hermanos. En ese entonces yo tenía once años y ni uno de mis hermanos pasaba los tres. Me quedé en la sala sentada con ellos, pasó el tiempo y cuando se hizo oscuro un señor llegó por nosotros, otra vez sentí feo por el niño porque él se quedaría. Nos subieron a una camioneta. Ya era noche. Después de un rato paramos. Nos bajaron y ahí estaban mis papas.

Ya casi amanecía cuando llegamos a nuestra casa de Waukegan, mi papá había comprado esa casa unos dos meses atrás. Una nueva vida juntos ahí. Al principio no me gustó mucho porque no iba a la escuela. No tenía amigos. Empecé a conocer a los “cholos”, no me gustaba mucho su aspecto pero sabía que tarde o temprano me tendría que vestir así para tener amigos.

Entré a la middle school y el uniforme era ir como uno quisiera siempre y cuando la combinación fuera blanco y negro.

Trataba de ir presentable pero sabía que no estaba a la moda. Las mujeres traían playeras desfajadas y pantalones acampanados, se pintaban mucho y usaban aretes muy grandes. Mi papá trataba de comprarnos lo mejor pero a veces teníamos que ir a “la pulga”, o a la tienda de usado. Nunca me dio pena ir ahí. En ese lugar me compraron mis primeros pantalones acampanados. Con el paso del tiempo empecé a vestirme como los demás; nunca tan exagerado porque en mi casa no me dejaban, tampoco me pintaba, así que a pesar de mis esfuerzos seguía siendo “un poco diferente”. En esos tiempos también estaban de moda las cadenas de oro con el nombre o el apellido de quien las portaba. Mi papá hacía comentarios de que eso no se veía bien así que nunca me atreví a pedirle una. Mis amigas tampoco eran muy cholas, así que no me desagradaba la forma en que vestía.

Duramos año y medio en Waukegan, nos tuvimos que mudar a Myrtle Beach por cuestiones laborales de mi papá. Cuando llegamos ahí, otra vez tuve que adaptarme a la forma de vestir de mis compañeros de clase. En toda la escuela sólo habíamos cinco mexicanos y sólo yo no hablaba inglés. En Waukegan había muchos hispanos y todo era en español así que aprendí muy poco inglés. La mayoría de la gente era güera. Se vestían normal, no usaban pantalones acampanados y mucho menos se pintaban con colores oscuros. Sí se vestían a la moda pero de una forma, que ahora se podría llamar “fresa.” ...Otra vez tuve que cambiar mi guardarropa.

Myrtle beach estaba cerca de la playa, así que la moda se acomodaba de acuerdo al clima. Principalmente se usaban sandalias y ropa ligera. Si una prenda estaba de moda se usaba, toda la gente tenía un estilo muy parecido. Los hombres usaban bermudas y las mujeres faldas cortas. Cuando yo estuve ahí el lugar era un pueblo recién nombrado “ciudad”. La gente que hacía la diferencia eran los turistas. Era un lugar tranquilo.

El cambio más drástico que viví en mi moda fue cuando regrese a México. Estaba acostumbrada a vestir bien y con tacón. Con esa forma de vestir me sentía cómoda y la moda. Mi colonia mexicana está en el límite de la delegación Gustavo A. Madero. Eso implica estar lejos de todo y rodeada por calles muy paradas. Esta vez intente seguir con mi estilo, pero el clima, las calles y la lejanía de mi preparatoria me lo impidieron. No podía usar faldas muy cortas; los hombres me veían mucho y me hacían sentir mal. El caminar tanto y andar por calles muy paradas me impedían el uso de tacón, y el frío me hizo taparme de nuevo. ...Otro estilo más de vida y de vestimenta.

Los lugares siempre me fueron cambiando, mi familia, mis amigos, mi forma de ser, mi forma de actuar y mi forma de vestir. Siempre he sabido que las cosas cambian, solo que de tanto mudarme me di cuenta que la mayoría de los cambios te los exige tu nuevo lugar.

2.3.7 Un día de escuela

En donde más tiempo viví fuera de México fue en Myrtle Beach. Vivía con mis papás y mis hermanos en unos condominios. La mayoría de los huéspedes eran universitarios porque cerca había una universidad. Unos departamentos eran más grandes que otros, todos eran de dos pisos, de color café por fuera, con una puerta de tamaño normal en la entrada, una ventana en la cocina y otra para cada cuarto. Entrando estaba un pasillo el cual tenía varias desviaciones unas escaleras para subir al segundo piso, una apertura en la pared para ir a la cocina y si seguías derecho llegabas a la sala. Abajo la sala y la cocina con un pequeño baño y arriba dos cuartos junto con otro baño. Mis papás escogieron el cuarto principal, yo dormía con mis hermanos en el otro. Mi mitad era donde se encontraba el closet. En nuestro cuarto solo había dos camas; una individual que era mía y una litera para mis hermanos, al lado de mi cama había un pequeño tocador y yo disponía por completo del closet. Saliendo de mi cuarto estaba un pasillo que te llevaba al baño o al otro cuarto. Me sentía a gusto viviendo ahí porque era lindo y además disfrutaba mucho de las albercas. En mi cuarto había una ventana por la cual se veía la alberca trasera. En Carolina Pines había dos albercas; la principal que se encontraba a la entrada de los departamentos y la otra que quedaba justo detrás de mi ventana. La alberca buena era la principal porque estaba muy grande y más honda. A mis familiares les gustaba mucho visitarnos, creo que era por la alberca. Casi siempre iban los fines de semana y en las tardes cuando el sol había bajado. Disfrutábamos la alberca hasta que se oscurecía. Siempre teníamos algo que jugar y siempre fue divertido.

A mi amiga Ashley la conocí en la parada del bus. Para ir a la High School tenía que caminar a la parada, esta estaba a un costado de los departamentos. Mi mamá al principio me llevaba todos los días. En mi primer día ahí conocimos a Ashley y a su hermana. Ambas nos saludaron muy amablemente y me preguntaron que si era nueva. No recuerdo que respondí, pero no creo que haya sido mucho. Me fui haciendo amiga de Ashley hasta llegar a ser “mejores amigas”. Con ella practicaba mi inglés y ella conmigo su español. Empecé a

entrar a su casa y ella a la mía. Su departamento era más grande que el mío, en el suyo había tres cuartos, uno para sus papás y otro para cada hija. Ashley peleaba mucho con su padrastro. Cuando me lo presentó usó la palabra como tal “padrastro”, me sorprendió que usara esa palabra tan a la ligera, pero después me acostumbré. Su padrastro era policía. Hace poco me enteré que su mamá ya vive con otro hombre. Melissa, la hermana mayor de Ashley, acabando la High School se fue a vivir con unos amigos, ese acontecimiento nos unió más porque Ashley la extrañaba mucho y me buscaba a mí para no estar sola.

Ashley sentía gusto por los mexicanos, toda mi familia la conocía. Actualmente está casada con un sobrino de mi papá, tiene una hija de tres años y de vez en cuando nos hablamos para saludarnos.

Iba a la High School de lunes a viernes. Tomaba el bus, llegaba a mi primer clase que siempre era ESL (English as a Second Language). Esa clase era mi preferida. Mi maestra era Miss. Gants, una profesora originaria de Massachussets que sólo hablaba inglés. El grupo estaba conformado por cinco personas. Dos hindúes, un japonés, una china y yo, la mexicana. Todos estábamos ahí porque no dominábamos el inglés, unos sabían más que otros, pero todos la necesitábamos. En la clase aprendíamos vocabulario, practicábamos nuestro inglés, veíamos noticias y jugábamos. Todo con el fin de aprender inglés. Yo me llevaba muy bien con Yuichi, el japonés y con la mujer hindú Punam. Nos llevábamos tan bien que hasta en lunch nos juntábamos para comer, o a lo mejor a nadie más le hablábamos y por eso nos empeñábamos en estar juntos.

Después las clases que nos correspondían. Algunos maestros trataban de incorporarme a la clase y otros optaban por ignorarme, cosa que nunca me afectó porque prefería no hablar. Con el paso del tiempo los alumnos de ESL fueron cambiando. Llegaron tres mexicanos; mi prima Yareli, “Mereco” mi vecino de México, y al otro lo conocí en clase. Los hindús se graduaron de la clase y llegaron también dos brasileños. Mi círculo de amigos siempre eran mis

compañeros de esa clase y otros pocos de afuera. Curse dos años en esa High School, estaba por convertirme a “senior” cuando regrese a México.

De regreso a la casa otra vez tomaba el bus. Llegaba a casa, comía y hacía mi tarea. A pesar de mis dificultades con el idioma tenía buenas calificaciones. Recuerdo que en ese entonces quería ser porrista, pero no creo que las “preps” me hubieran aceptado. Así que me conformé con simplemente ir a los juegos de basketball.

2.3.8 Mi papá

Arregló sus papeles y desde que recuerdo viene y va. Fue un error que se los dieran. En una redada lo agarraron, demostró tener permiso para estar allá y para arreglar su error le ofrecieron la visa. Fue en el 88, desde entonces su fuente de trabajo es en el otro país. Es contratista, pone alfombra, azulejo, linóleo, papel tapiz entre otras cosas. Desde joven aprendió el oficio y hasta entonces lo sigue practicando. Siempre ha traído gente trabajando. Su equipo esta principalmente conformado por hermanos, sobrinos, o conocidos de la familia.

Mi papá viene de una familia humilde. Toda su vida vivió en Neza hasta que se casó con mi mama.

Tengo un muy buen concepto de mi papá; a pesar de que la mayoría de mi vida he estado sin él. En una ponencia menciono que mi papá fue el primer migrante que conocí y es verdad. El me enseñó el concepto, junto a él aprendí que la gente se va por trabajo, manda dinero y algunas veces regresan por sus seres queridos o por nostalgia. Mi papa siempre ha estado al tanto de su familia, cada año al menos nos visita dos veces. Su trabajo está allá y por eso no se queda aquí. Hace unos años mi papa se cansó de estar solo y nos llevó. Después de cuatro años de visitarlo regresamos. Mi papá ha ayudado a sus familiares a irse a Estados Unidos. Se ha llevado a tres de sus hermanos y a varios sobrinos. Actualmente vive en Myrtle Beach, renta un departamento con un sobrino. No está solo, allá tiene familia.

La primera vez que estuvo allá tuvo que aprender el idioma, así que se metió a clases de inglés. Siempre ha sido inteligente, consiguió beca y ahora habla perfectamente el idioma. Ha vivido en los Ángeles, Chicago, Waukegan, Conway y Myrtle Beach. Su cambio de residencia se debe principalmente a cuestiones de trabajo.

Su visa le da muchos beneficios. Viene y va cuando quiere. De camino prefiere la autopista, le gusta traer su camioneta llena de cosas. Junta cosas y nos las trae de regalo. Nos trae desde ropa hasta cosas usadas que por curiosidad encontró allá.

Mi papá, viviendo como gringo pero pensando como mexicano. Cada domingo desayuna en el Dennys, después va a ver jugar a su equipo de fútbol, lee en las tardes o usa la computadora, y todas las noches de esos días nos habla por teléfono.

Conclusiones

La historia de mi familia ha sido una historia de movimiento, de trabajo y de construcción de ciudades.

Mi abuela, Doña. Rosa, vivió en Tijuana y en Durango (de donde es mi abuelo) antes de llegar a vivir a la Ciudad de México. Trabajaba haciendo la limpieza en Banamex cuando compró un terreno en la Colonia Arboledas, en una de las últimas calles que forman la mancha urbana de la Ciudad de México. Literalmente en los márgenes de la ciudad. Mi abuela se fue a vivir a Arboledas que era una zona marginal también porque no contaba con urbanización, porque su trabajo en la limpieza no le permitía vivir en una zona de la ciudad con los servicios mínimos instalados. Ella construyó su casa con sus propias manos y colaboró con sus recursos y trabajo para poner las calles (en particular la calle Vicente Guerrero donde vive) y los servicios en la colonia. Así, mi abuela, al mismo tiempo que contribuyó a la construcción de la ciudad desde sus márgenes (lo que le permitió vivir en una zona de bajos costos

monetarios aunque de alta demanda de esfuerzo personal y trabajo), contribuyó a un bajo precio, al cuidado de la ciudad global (la de los servicios financieros con conexiones planetarias). Desde mi punto de vista, la historia de mi abuela puede ser un ejemplo de cómo el trabajo de los habitantes de los márgenes urbanos, aporta a la construcción y cuidado de la ciudad global.

Aun cuando está acotada por los límites de la ciudad y de la delimitación política de la Ciudad de México, es difícil comprender la historia de la colonia Arboledas si no la pensamos como un ejemplo de la “ciudad abierta” (Besserer y Nieto 2015). Por un lado, como hemos dicho, hay una conexión transversal entre los márgenes urbanos y los centros globalizados de la Ciudad de México, movimiento con el cual se da una transferencia de valor cotidiano. Pero también es cierto, que la construcción de la ciudad se debe al trabajo de personas que, como mi abuela, llegaron desde otras zonas del país a urbanizar los márgenes a un bajo costo para la ciudad. Las historias de movilidad pueden incluir, como en el caso de mi abuela, el paso previo por otras ciudades del país tan lejanas como Durango y Tijuana donde se dejan historias personales, familia, y recursos que constituyen elementos valiosos (a veces indispensables) para la supervivencia en las regiones marginales de la Ciudad de México.

Las conexiones de la calle Vicente Guerrero donde pasé los primeros años de mi vida crecieron hacia los Estados Unidos. Mi papá, mi tío, y otros familiares y vecinos de la calle Vicente Guerrero trabajaron en distintas ciudades de ese país. Pero la distancia no cortó los lazos familiares, de amistad y de vecindad. El teléfono que estaba en la tienda de mi abuela junto a donde yo dormía, y que daba servicio a toda la calle, dejaba diariamente constancia de los lazos sociales que se reafirmaban pese a la distancia. Nuestro modo de vida se hizo transnacional. Yo misma viví en distintos momentos en Estados Unidos y en la Calle Vicente Guerrero en México.

Los vecinos de mi calle en Arboledas se fueron agrupando en la ciudad de Myrtle Beach, en una unidad de vivienda que se llama Carolina Forest. Unos viajaban para Estados Unidos y otros regresaban a México. Las familias se encontraban unos allá y otros acá. Mi papá y mi tío trabajaban en la

construcción, y con ellos otros de los vecinos de la calle. Myrtle Beach es una ciudad turística que está en la costa Este de los Estados Unidos. Las cadenas hoteleras y las líneas aéreas hacen a Myrtle Beach un nodo de una gran red nacional y global de destinos turísticos. Myrtle Beach empezó a crecer y lo hizo con la mano de obra mexicana que llegó a la construcción, y que no vive en el centro turístico sino en los márgenes de la ciudad. Me refiero no solamente a los márgenes geográficos o económicos, sino también a los márgenes legales. Nuestras familias unos tenían papeles y otros no. Quienes trabajan en la construcción de la ciudad de Myrtle Beach que se globaliza, como mi familia, vivimos en los márgenes urbanos y por eso nuestros salarios son menores y gozamos de menos beneficios. Así que como en la ciudad de México, la ciudad de Myrtle Beach se beneficia de los constructores que viven en los márgenes urbanos.

Nuestra calle, es ahora una *calle transnacional* que se extiende articulando los márgenes de dos ciudades, Myrtle Beach y la Ciudad de México. Nuestra calle transnacional puede ser conceptualizada como un tipo de “espacio social urbano transnacional” (Besserer y Oliver 2014), con relaciones sociales estrechas y sustentadas en instituciones como la amistad, la familia y el vecinazgo. Divididos por una frontera internacional que separa por ejemplo a mi abuela de sus hijos y sobrinos, la vida transcurre articulando los sueños y los afectos a cada lado de la línea fronteriza. Unos trabajaron muchos años en Estados Unidos, como mi tío, para enviar el dinero de regreso a México e invertir acá en un negocio. Otros viven en México reuniendo recursos y esperando el momento para poder viajar a Estados Unidos donde tienen invertida una parte de sus sueños. Nuestra calle se ensambla con otras calles y otras colonias transnacionales que articulan los márgenes de muchas ciudades y forman parte de un sistema que podemos llamar la *ciudad transnacional* (Besserer y Oliver, 2014).

Constructores de ciudades, mi familia y los vecinos de mi *calle transnacional* participamos en la construcción de dos ciudades, y en el proceso, por vivir en los márgenes transferimos valor hacia los sectores financieros y turísticos de

los centros globales de Myrtle Beach y la Ciudad de México. Pero en el año 2007 una crisis financiera, derivada de malas prácticas en los sistemas de inversión de riesgo en bienes y préstamos hipotecarios urbanos, impactó sobre la industria de la construcción y los trabajadores (entre ellos mi familia) quedaron sin trabajo. La crisis se extendió a escala planetaria. La ciudad de Myrtle Beach fue una de las ciudades de los Estados Unidos en que la crisis afectó con más fuerza (Global Insight 2007) acarreado un fuerte crecimiento del desempleo en la ciudad (Myrtle Beach Area Chamber of Commerce 2011). Quienes habían aportado al bienestar de la ciudad global, ahora tuvieron que absorber los costos de las malas prácticas de un sistema globalizado. Esto sucedió porque nuestras familias ayudaron a quienes se quedaron sin trabajo y a sus vecinos y amigos. El lado mexicano de nuestra calle transnacional recibió a quienes optaron por regresar a la Ciudad de México ante la amenaza de una ola creciente de deportaciones en los Estados Unidos. Entre quienes regresaron a asentarse en el lado mexicano de la calle transnacional, están mi tío y su familia. Ellos pusieron un inmueble en el que se han abierto varios negocios, entre ellos un restaurante donde el cocinero, conocido de mis tíos desde Myrtle Beach, ofrece platos italianos, mexicanos y comida típica de la costa este de Estados Unidos. Los platillos del menú son una muestra de cada una de las cocinas de los restaurantes en los que trabajó cuando vivía en Estados Unidos.

La calle transnacional en la que nací y crecí mientras que vivía cambiando de país entre México y Estados Unidos ha construido y apoyado la globalización de dos ciudades. Ante la crisis financiera global, mi calle transnacional absorbió una parte de estos costos. Este trabajo en el que he narrado mi vida y la de mi familia entonces ayuda a sostener la tesis (Besserer 2016) de que el ensamblaje de los espacios sociales transnacionales urbanos contribuyen a la construcción y dan soporte a un sistema de ciudades globales, no solamente transfiriendo valor, sino absorbiendo los costos de sus crisis.

Bibliografía

Besserer, Federico

2016 *Intersecciones urbanas: Ciudad transnacional / Ciudad global*. Colección Estudios Transnacionales. Ed. UAM-I y Juan Pablos Editor. México. 400 pp.

Besserer, Federico y Daniela Oliver

2014 *Ensamblando la ciudad transnacional. Etnografía especular de los espacios transnacionales urbanos*. Colección Estudios Transnacionales. Ed. UAM-I y Juan Pablos Editor. México. 282 pp

Besserer, Federico y Raúl Nieto

2015 *La ciudad transnacional comparada. Modos de vida, gubernamentalidad y desposesión*. Colección Estudios Transnacionales. Ed. UAM-I y Juan Pablos Editor. México. 441 pp

Chacón, Susana

2012 "Obama; jaque a Romney" El Universal, 26 de agosto del 2012. <http://www.eluniversalmas.com.mx/editoriales/2012/08/60175.php>. Consultado el 19 de julio del 2012.

Chang, Heewon

2008 *Autoethnography as method*. Walnut Creek, California. Left Coast Press.

Clifford, James

1999 *Itinerarios Transculturales*. Gedisa. Barcelona.

Consejo Nacional de Población.

2012 *Índice de intensidad migratoria México Estados Unidos 2010*. México. Colección: Índices sociodemográficos.

Global

Insight

2007 "The Mortgage Crisis: Economic and Fiscal Implications for Metro Areas" Paper prepared for The United States Conference of Mayors and The Council for the New American City. November 26.

González – Barrera and Mark Hugo López
2013 “A Demographic Portrait of Mexican-Origin Hispanics in the United States”
PEW Research Hispanic Center. <http://www.pewhispanic.org/2013/05/01/a-demographic-portrait-of-mexican-origin-hispanics-in-the-united-states/>
Consultado el 19 de Julio del 2013.

Malinowsky, Bronislaw
1922 *Argonauts of the Western Pacific*. Illinois.Waveland Press.

Ortiz, Fernando
2002 *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Madrid. Cátedra.

Myrtle Beach Area Chamber of Commerce
2011 *Statistical Abstract for the Myrtle Beach Area of South Carolina*. 20th
Edition.

Pries, Ludger
1999 *Migration and transnational social spaces*. Brookfield EU. Ashgate.

Pizarro Hernández, Karina
2005 *El marketing nostálgico. El mercado de la nostalgia como instrumento para el estudio de la formación del barrio transnacional*. Tesis de Maestría. Ciencias Antropológicas. Departamento de Antropología UAM-I.

Rouse, Roger
1988 *Mexican Migration to the United States. Family Relations in the Development of a Mexican Migrant Circuit*. Ph.D. Dissertation. Dept. of Anthropology. Stanford University.

Smith, Michael Peter
2001 *Transnational Urbanism. Locating Globalization*. Oxford.Blackwell.